

TEMPORALES Y NAUFRAGIOS

FASNET de 1979, una experiencia inolvidable.



En la memoria de todos los navegantes de cierta edad todavía permanece el recuerdo de aquella fatídica regata con vientos de 70 nudos -130 km hora-, que mataron a 15 personas, volcaron a 67 veleros, y tumbaron hasta tocar con el palo en el agua a otros 100. El inusual temporal de verano causó el peor desastre hasta entonces ocurrido en las regatas de altura. Por tal motivo, la regata Fastnet de 1979 se convirtió en un trágico recuerdo, que reflejó la vulnerabilidad de los humanos frente a la mar. El informe oficial que elaboró el Royal Ocean Racing Club dijo en sus conclusiones: "la mar demostró que puede convertirse en un enemigo mortal, y quienes van a ella en busca de diversión, deben hacerlo con el convencimiento de que pueden encontrar serios peligros".

La famosa prueba de altura sale de la isla de Cowes al sur de Inglaterra, y tras navegar 300 millas, se dobla el faro Fastnet, situado en el extremo sur de Irlanda para regresar al mismo puerto de salida. El año de la tragedia participaban 305 veleros agrupados en 5 clases, con esloras comprendidas entre los 7 y los 25 metros. Sólo cruzaron la línea de meta 64, 148 se refugiaron en diferentes puertos, y otros 23 fueron abandonados por sus tripulantes. Antes de zarpar, la oficina meteorológica británica preveía que cerca de Irlanda, a la llegada de la noche, los barcos podrían encontrarse con vientos de fuerza 8 y olas de 4 metros; pero se equivocaron tanto en la dirección que tomaría la tempestad como en su fuerza y tamaño de las olas, que llegaron a alcanzar los 14 metros de altura. Algunos capitanes de buques mercantes que pasaban por la zona manifestaron que no recordaban tamaño mar en verano. Está claro que las previsiones del tiempo de la época no eran las actuales, pero así y todo, nadie las tuvo en cuenta; y si alguno lo hizo, decidió seguir participando.

Las historias que contaron las tripulaciones fueron muy variadas, todas muy duras e impresionantes, pero quizás la más conocida sea el relato que hizo John Rousmaniere desde el velero norteamericano Toscana, que las recopiló en un libro titulado La Regata de la Muerte, Fuerza 10. Aunque luego diría en su prólogo: "el conocimiento de cuán vulnerable es el ser humano no ha sido suficiente para alejarme de la mar". Y Matthew Sheahan, redactor de la prestigiosa publicación náutica Yachtin World, que compitió en esa Fastnet siendo muy joven, perdió a su padre en la misma. Aseguró: "Siempre viviré con aquella impotencia, con ese dolor de no haber podido hacer nada por salvar a mi padre".

Las conclusiones prácticas que podemos extraer son muchas, sobre todo las referentes a la eslora de los barcos, pues, de 14 barcos mayores de 42 pies que participaban llegaron 13. En cambio, de los 58 clase V -barcos entre 21 y 22 pies- solo terminó uno. En la mitad de esas esloras estaban los de 30 pies, -9 metros-, de los cuales cruzarían la línea de llegada la mitad. En cuanto a las muertes, 6 navegantes fueron arrastrados por la mar al romperse sus líneas de vida, y otros 9 fallecieron en el agua o en las balsas salvavidas víctimas de la

hipotermia; lo que nos advierte de la importancia de esos cabos amarrados a las bandas por los que debemos pasar el mosquetón del arnés a nada que el tiempo se vuelva contrario. O los trajes de supervivencia actuales, que nos permiten pasar horas en las frías aguas hasta la llegada del rescate. Lo peor que hicieron algunos fue tomar la decisión de abandonar el barco, pues, tras el paso del temporal, todos los veleros dejados a su suerte seguían flotando a la deriva, algunos con un metro de agua en la cabina, pero a flote, a pesar de que habían sido desalojados por sus tripulaciones pensando que se hundían inmediatamente.

Decía Joseph Conrad en su libro Tifón: "el poder disgregador de un viento duro es éste: aísla a uno de sus semejantes". Por eso, el temporal de Fasnet demostró lo aislados e indefensos que estamos ante la mar desatada, y evidenció que los partes meteorológicos, como veremos en otros artículos, son de vital importancia, así como los elementos de seguridad, la eslora del barco, y desde luego poner sobre la borda todo el sentido común que hayamos sido capaces de atesorar a lo largo de nuestra existencia.